

Presentación del libro: “Hasta que el paladar se acostumbre” de María Fernanda Salvador.

La vida cotidiana tan difícil de relatar

Tan difícil de recordar

¿Qué desayunamos ayer?

O de qué color íbamos vestidos el día en que propusimos matrimonio al amor de nuestra vida...

A veces se funden en esa falta de memoria de lo cotidiano, de lo cercano, del saber que de todas formas, si hoy no recuerdo el sabor exacto de las papas de la maría, mañana podré ir de nuevo y volver a probar el ají y sentir el sabor de la memoria, del abrazo, el olor de la casa de todos los días.

Si algo sorprende del texto de María Fernanda, es esa memoria que congela los momentos, tal vez producto de la misma distancia, en la que recuerda el día, la hora el color del vestido y el peinado del día de su pedida de mano o de la proposición matrimonial, una noche sin estrellas y después de haber caminado por sitios polvorientos y despeinados...

Esa memoria de alguien que decide dejar lo cotidiano, embarcarse en la aventura de reconstruirse a la distancia y de aprender desde cero... Lejos de las comodidades de una ciudad conocida y llena de parientes, a una sociedad en que es normal pasar por la casa de alguien que murió sin herederos para llevarse sus muebles y empezar a construir un hogar sin el glamour de las revistas y sobre las memorias vividas de alguien que ya no está.

El texto de María Fernanda está en el ámbito del testimonio, de lo más difícil que es reconstruir una vida propia desde un punto de vista original, sabiendo que quizás algunos de los protagonistas van a leer el libro y quizás, varios de ellos, estén esta noche entre nosotros.

Es una historia de migración, quizás en mejores condiciones que la migración de muchos compatriotas en las cercanas décadas del 90 y dos mil, sin embargo sigue siendo una historia de raíces trucas y de siembras nuevas. El libro es la historia de una migración por construir un nuevo mundo posible.

Al principio un nuevo mundo posible en el que no se habla el idioma, un mundo en el que todo es puntual (casi inaceptable para un ecuatoriano que viaja...), un mundo en que por ahorrar unas monedas, el almuerzo sorpresa, termina con los protagonistas bebiendo de una fuente pública de agua, era fresco y sobre todo, era gratis.

En la historia aparecen personajes entrañables, quienes reciben a la protagonista en Lucerna y la acogen como propia (muchas de estas historias, también de migraciones, y otra vez, algunas más dolorosas...)

El título del libro “Hasta que el paladar se acostumbre”, es precisamente una reivindicación cultural de lo más cotidiano, cercano y propio que tenemos los seres humanos: nuestras costumbres gastronómicas. Imaginar con la nostalgia que se relata en el texto una guatita en Lucerna, donde los platos saben incluso en alemán, y no hay caseras, ni yapa, ni arroz...sobre todo el ausente arroz...

Aprender las cosas simples, a sobrevivir un infierno que para los nacidos en la mitad del mundo, es solamente una película navideña, o a manejar sin meterse en el carril del autobús, y sin poder insultar en idioma natal, son esas pequeñas aventuras cotidianas que permiten que el texto se lea de corrido y sin pausa, y con sonrisas....

Un día de repente, el idioma se hizo sencillo y la vida siguió con luz natural

El capítulo 15 del texto se titula “esa guagüita tiene cara de monito” y aunque no lo parezca es una historia de cumpleaños. De una celebración que se organiza sin demasiado tiempo y que no festeja un año redondo. Es solo un cumpleaños estilo latinoamericano en que se decide invitar de un día para otro y al que todos vamos contentos y quizás llevando cerveza. La sociedad suiza no estaba lista para un evento sin meses de anticipación y sin mayor razón aparente que ser felices....

Y la vida empieza a organizarse. Nuestra narradora migrante, a pesar de los pesares, logra sacar su licencia de manejo y promete nunca más invadir carriles exclusivos, toma el examen nacional y sigue estudiante (en alemán para mayores señas)...

Y llegó el pasaporte, la nacionalidad y las facilidades de viajar por todo el mundo...sin embargo, esta historia de migración que termina bien, que pasa por historias de amor intercontinentales, tiene un final abierto.... Ahora las raclettes y fondues suizos se hacen en una casa ecuatoriana, que a veces hace fiestas sin tiempo de antelación, que a veces, no lo dice, pero se intuye, llega tarde y que , estoy seguro, quizás le quiera poner un llapingacho debajo de un queso suizo derretido...

Hasta que el paladar se acostumbre es una historia de tinte precisamente costumbrista, que gira alrededor de lo cotidiano para esbozar una reflexión sobre las dificultades y facilidades del desarraigo, de la reconstrucción, del ser uno mismo en cualquier sombra del mundo y de ser el mundo dentro de cualquier sombra de uno mismo. Es un texto que se lee con sonrisas y nostalgias, con dolor también a veces, con esperanza y con una prosa que describe situaciones cotidianas con un vuelo que hace que sea imposible despegarse del texto. Tal vez para buscar un chocolate, ecuatoriano, claro...
Muchas gracias

Freddy Peñafiel Larrea
Quito, 10 de julio 2018